

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Advertencia.—Lagartijo y Frascuelo y su tiempo (Prefacio).—Manuel García (el Espartero).—Al amor de la lumbre, por D. Manuel López Calvo.—Sillas y almohadas, por Fiacro Yrázoz.—Francisco Montes y El Quijote, por el Doctor Thebussem.—Buen almuerzo! por D. M. del Tordo y Herrero.—Revista de toros (corrida extraordinaria á beneficio del Hospital, por D. Jerónimo.—Correspondencia particular.

ADVERTENCIA.

En el próximo número publicaremos un precioso cromó que nuestro dibujante Sr. Chaves nos ha remitido desde Sevilla, y que representa la cogida que Mazzantini sufrió en aquella plaza en la corrida verificada el día de la Ascensión.

LAGARTIJO Y FRASCUELO
Y SU TIEMPO.

Hoy se pone á la venta el libro que el señor Peña y Goñi ha escrito con el título que sirve de epígrafe á estas líneas.

Para que los aficionados conozcan de antemano las materias de que trata la obra, insertamos á continuación los sumarios de los capítulos que contiene. De ese modo podrán apreciarse la extensión del trabajo de nuestro director y la importancia de los puntos que abarca y estudia su crítica.

He aquí los sumarios:

Prefacio.

PRIMERA PARTE.

I.

Necesidad de las competencias.—El temperamento y la nota personal.—“La posteridad es una superposición de minorías.”—Explicación de esta frase de Gounod.—Las escuelas.—Carácter especial del arte del toreo.—La literatura taurina.—Un juicio sobre Curro Guillén.—Aben Amar.—*El Clarín*, *El Enano*, D. Parando y D. Clarence.—*Anales del Touro*, y *El Touro*.—Obras didácticas.—Dudas, contradicciones y confusiones.—Los aficionados antiguos.—Lo que dá de sí la literatura taurina.—Situación en que coloca al autor de esta obra.—En busca de luz.

II.

El génesis del toreo moderno.—Francisco Romero, Bellón y Martincho.—Lo que se nota en estos diestros y en José Cándido.—Pedro Romero, Costillares y Pepe Illo.—La gran figura de Pedro Romero.—La escuela de Sevilla.—Juicio crítico de estas dos escuelas.—El toreo serio y el toreo movido.—Las escuelas en la suerte de matar.—Deducciones.

III.

Las competencias.—Pedro Romero y Costillares y Pepe Illo.—El público de entonces, según José Delgado.—Dos cartas.—El partidario de Romero y el defensor de Costillares.—Cómo se mataban los toros en aquella época.—El valor y la astucia.—Jerónimo José Cándido y Curro Guillén.—Epoca de transición.—Francisco Montes.—Curro Cácharos y el Chiclanero.—Cayetano Sanz y Manuel Domínguez.—El Tato y el Gordito.—Estado del arte de torear á la aparición de Lagartijo y Frascuelo.

SEGUNDA PARTE.

I.

Aparición de Rafael Molina en la Plaza de Madrid.—Ovación y cogida.—Sobresaliente de espada.—La alternativa.—Primera contrata.—La lucha.—El maestro y el discípulo.—Lagartijo y el Gordito en Cádiz.—Coleos y recortes.—La cogida de Rafael.—Conducta del Gordito.—Comunicados, subvenciones y alabarderos.—Segunda cogida de Lagartijo en Madrid.—Carmona y *El Enano*.—Salvador Sánchez en Madrid.—Mojigangas.—El novillero.—Alzas y bajas.—Banderillero y sobresaliente de espada.—La alternativa de Frascuelo.—La cogida.—Dos gallos.—En busca de la verdad.

II.

Primer encuentro de Lagartijo y de Frascuelo.—El periódico *El Mengue*.—La competencia en Granada.—*El Mengue* y Salvador.—Lagartijo y Frascuelo en Madrid con el Tato.—Cogida del Tato y consecuencias.—Rafael y Salvador solos.—Atrocidades en competencia.—Lagartijo citando á recibir.—Cayetano Sanz, Currito y Frascuelo.—Un año de cogidas.—La corrida de Beneficencia de 1871.—Media luna y multas.—Un gran paso de Salvador.—Rafael y Salvador matan seis toros cada uno.—Incidentes.—La temporada de 1872.—Un brindis de Lagartijo al Tato.—Censuras y elogios.—Ovaciones á Frascuelo.—Una corrida de Beneficencia.

III.

Cogida de Rafael.—La herida y sus consecuencias.—Brindis de Frascuelo á Lagartijo.—Un reloj de oro.—Grandes estocadas y ovaciones.—Temporada suplementaria de 1874.—*Debut* de Cara-ancha en Madrid.—La última temporada de la Plaza vieja.—Faenas de Lagartijo y de Frascuelo.—Un toro descabellado sin recibir ninguna estocada.—Indignación de Carmona.—Cogida de Fernando Gómez, el Gallo.—Las niñerías de Frascuelo.—Salvador matando seis toros de Bermúdez á beneficio de la Asociación de la Cruz Roja.—Ovaciones.—Más corridas.—Cogida de Machío.—Rafael matando seis toros de Mirra á beneficio de la Asociación de la Cruz Roja.—El santo de espaldas.—Un par de banderillas histórico.—Salvador en baja.—Final de la Plaza vieja.

IV.

Inauguración de la Plaza nueva.—El apogeo de Lagartijo.—Cogida de Hermosilla.—Cogida de Juan Molina.—El amor fraternal.—Despedida de Salvador.—Rafael con calentura.—Ovaciones.—Muerte de un banderillero.—Una corrida de emociones.—Los palos de Carmona.—Lagartijo en decadencia.—Las proezas de Chicorro.—El paso atrás.—Cogida de Frascuelo.—Su vuelta á la plaza.—Reaparición de Rafael.—Nuevo eclipse.—La temporada de 1880.—Salvador cede el puesto á su rival.—Cuatro años de ausencia.—La corrida de Beneficencia de 1882.—Faenas de Lagartijo y de Frascuelo.—La vuelta de Salvador.—La temporada de 1885.—Fin de la parte analítica.

V.

Don José Pérez de Guzmán y Rafael Molina.—“Toreros cordobeses.”—Los ascendientes de Lagartijo.—Su nacimiento y primeros años.—El aprendizaje.—Rafael mozo de nave.—Su expulsión del matadero de Córdoba.—El primer quiebro.—Los Carmonas y Lagartijo.—El maestro y el discípulo.—Carácter de Rafael.—Apología y contradicciones.—Salvador Sánchez.—Nacimiento y primeros años.—El padre de Salvador.—Frascuelo peón y papelista.—Novillos en Móstoles.—Cogida en Chinchón.—Los protectores de Frascuelo.—La hazaña de Tolosa.—Detalles íntimos.—Una carta de Pedro Romero.—Salvador juzgado por Neira antes de la alternativa.—Las espinas de este libro.

VI.

El temperamento y el medio ambiente estudiados en Rafael Molina.—Sus tres hermanos.—La herencia natural.—Aspiraciones de Lagartijo.—Su maestro.—Antonio Carmona, el Gordito.—El torero y el matador.—Dudas.—La primera época de Rafael.—El temperamento y el medio ambiente estudiados en Salvador Sánchez.—La formación del torero en Salvador.—Juicios ajenos.—Lo que eran entonces Lagartijo y Frascuelo.—Contrastes.—Un almuerzo.—El torero aristocrático.—El hombre contra el torero.—Los dos temperamentos.—Hermanos en la plaza.—Un periodo de transformación.

VII.

Las tres épocas de la vida de Lagartijo.—El paso atrás.—Cómo estaba entonces el público.—Los recursos del torero.—Cómo los desarrolló Rafael.—Situación de las cosas antes del regreso de Frascuelo.—La prensa lagartijista.—*Sentimientos*, *Sobaquillo* y *Un alguacil*.—Vuelta de Salvador y consecuencias.—Aspecto que tomó la plaza.—La apoteosis de Aranjuez.—Los revisteros frascuelistas.—*La Lidia* subvencionada por Salvador.—Un cura.—Estudio de Lagartijo.—Su figura.—El torero, el banderillero y el matador.—En el *boulevard* de San Sebastián.—El paso atrás explicado por Lagartijo.—Juicio crítico y resumen.

VIII.

Los contrastes que presentan Lagartijo y Frascuelo.—La astucia y el valor.—Estudio de Frascuelo.—Su figura.—El torero, el banderillero, el matador.—Los quites aguantando.—Cayetano Sanz y Salvador.—El trasteo y el modo de herir.—La suerte favorita.—Los extremos y el justo medio en la suerte de recibir.—Montes y Juan León.—Una carta de Arana.—Frascuelo dormido.—Afección y vergüenza torera.—Rafael y Salvador juzgándose mutuamente.—Los resultados de la competencia.—Las corridas de toros, ayer y hoy.—Un manuscrito de D. José de la Tixería.—La verdadera obra que han realizado en el toreo Rafael y Salvador.—Despedida y apoteosis final.

Lagartijo y Frascuelo y su tiempo, forma un elegante tomo de 320 páginas, con dedicatoria en *fac-simile*, papel satinado, clara y esmerada impresión y hermosa cubierta.

Se vende al precio de CINCO pesetas, en nuestra Administración, Arenal, 27; en el almacén de música del Sr. Zozaya, Carrera de San Jerónimo, 34; en el almacén de papel de los Sres. Gallego y compañía, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y en las principales librerías.

Nuestros corresponsales obtendrán los descuentos de costumbre.

MANUEL GARCÍA (EL ESPARTERO.)

Manuel García y Cuesta, (a) *El Espartero*, nació en la ciudad de Sevilla el día 18 de Enero de 1866, contando, por lo tanto hoy, veintidós años y cinco meses. Recibió las aguas bautismales en la iglesia parroquial de San Marcos el 25 de Enero del citado año, siendo sus padres D. Joaquín García y D.^a Josefa Cuesta, los cuales, pasados los primeros años, dieron á su hijo Manuel una educación bastante esmerada, haciéndolo ingresar en un colegio, en donde aprendió la instrucción primaria con notable aprovechamiento, permaneciendo en ese centro de enseñanza, hasta los 11 años.

Desde esta edad su padre lo inclinó al oficio de espartero, que él tenía, consiguiendo hacerse en poco tiempo un aprovechado y laborioso oficial.

No obstante lo dicho anteriormente, se despertó en él una grandísima afición al arte de Pepe Ilo, escapándose muchas veces de su casa sin consentimiento de sus padres, á fin de poder satisfacer los deseos de su nueva afición. Esta se hizo ya pública en 1881, siendo las plazas de Alcalá del Río, Castilblanco y Bollullos, las primeras en que tomó parte como lidiador de resas vacunas, trabajando en este concepto en varias capeas que en las mismas tuvieron lugar: el año 1882 siguió trabajando en multitud de capeas en diferentes pueblos de las provincias de Sevilla, Cádiz y Huelva, por lo que fué enérgicamente reprendido y castigado por los autores de sus días.

El 8 de Octubre de este año figuró como banderillero en la plaza de toros de Sevilla, formando parte de la cuadrilla de Cirineo, el cual trabajaba en unión de Currito Avilés y José Román, lidiándose seis novillos de D. Pedro Manjón.

El año 1883 ascendió á la categoría de matador, formando una cuadrilla con varios compañeros suyos, los cuales le dieron el sobrenombre de *El Espartero*, debido á su primitiva profesión. En este concepto salió como espada y mató su primer toro en Cazalla de la Sierra el día 17 de Junio del referido año de 1883, agradando hasta tal punto su trabajo al público de dicho pueblo, que él tomó parte como único espada en la misma plaza en diversas funciones, en las que mató 27 toros, siendo extraordinariamente aplaudido y obsequiado con pequeños regalos por sus admiradores.

El siguiente año de 1884, volvió á Cazalla, y siguió toreando con éxito en diferentes plazas de Andalucía.

El día 16 de Agosto del año 1885 mató en Cádiz por primera vez con Centeno y Tortero, lidiándose en esa corrida seis bichos de D. Julio Laffitte, logrando con su trabajo entusiasmar por completo á los gaditanos, los cuales lo sacaron en hombros después que la corrida terminó. El Centro Taurino de Cádiz, por unanimidad, acordó nombrarlo socio numerario, siendo el único novillero que tiene la calidad de tal en dicho

Centro. En la muerte de su primer toro, al dar un pinchazo, se partió el estoque, quedando un pedazo dentro del cuerpo del animal, y conservando dicho Centro gaditano el resto de la espada.

El 30 del referido mes mató en la plaza de Alcalá de Guadaíra cuatro toros de los Sres. D. Pablo y don Diego Benjumea, y el 13 de Setiembre le dió el Gordito la alternativa en la plaza de Sevilla.

El Espartero ha tenido varias cogidas, aunque ninguna de ellas afortunadamente de graves consecuencias. En la plaza de Gerona el 8 de Setiembre de 1884, un toro lo volteó, y al caer se clavó en el costado un palo que de punta estaba en el redondel.

El 16 de Agosto de 1884, en Cazalla un animal lo cogió y lo volteó siete veces consecutivas, y en la plaza de Sevilla, poniendo banderillas al sexto toro de Saltillo, de la novillada del 23 de Agosto, fué también cogido, lastimándose en la caída la muñeca derecha, de la cual no se encuentra aún restablecido. Hace poco tiempo recibió un puntazo en la plaza de Zamora.

En la corrida verificada en Málaga el 18 de Mayo de 1886, fué cogido por el primer toro de Muruve, al hacer un quite, y recibió una cornada en el muslo izquierdo.

Y finalmente, en la corrida del 28 de Setiembre de 1886, celebrada en Sevilla, el tercer toro que era de Anastasio Martín, cogió al Espartero en el acto de herir, y le dió una cornada en el muslo derecho.

Tales son los principales accidentes que ha sufrido hasta ahora el valiente torero sevillano, cuyo estudio sería en la actualidad prematuro, y que continúa alcanzando grandes aplausos fuera de Madrid.

En la plaza de la corte ha toreado pocas veces, por lo cual es imposible formar de Manuel García un juicio exacto; pero no puede menos de hacerse notar su admirable frescura al pasar de muleta y la temeridad que le acompaña en los diversos lances de la lidia.

Esas cualidades le han granjeado grandes simpatías y proporcionado buen número de corridas, en las cuales cumple, generalmente, á entera satisfacción de los públicos que le admiran con pasión y le aplauden con entusiasmo.

AL AMOR DE LA LUMBRE.

(CONVERSACIONES HISTÓRICAS).

Sentados en los poyos que bajo la campana del hogar del ventorro ** había, y en tanto que arden chisporroteando los haces de sarmientos en el centro, húmedos por la lluvia del día, que completamente cerrado en agua nos retiene un rato en el ventorro, oigamos al tío Pepe, que después de despojarse del capote de monte y ponerle á secar sobre el *albardón* de un caballo, dice sentándose y bostezando

—Señores, vamos á contar cuentos, que de aquí á que echemos á andar con los toros, hay *pa* rato.

—En vez de cuentos, ¿no sería mejor, por lo menos para nosotros, que tuvieran Vds. la bondad de referirnos algunas de las muchas aventuras que en su oficio de vaqueros habrán ustedes sufrido?

—Por mí no hay inconveniente.

—Pues agradeciendo su deferencia, somos todo oídos.

—Ustedes no sabrán—porque los aficionados de Madrid, son Vds. al revés que los de Andalucía—que entienden Vds. más de toreros que de toros, al paso que los otros saben más de ganado que de *arte*; Vds. no sabrán, repito, y les parecerá mentira, hoy que los ganaderos de reses bravas venden chotos por toros que haya este *probe* viejo, encerrado una res que *lizo punta*; cuando íbamos hacia la plaza, estubo corriendo sin de cansar más que á ratos toda la noche y parte del día; consiguiendo *encabestrarla*, encerrarla y enchiquerarla una hora antes de la corrida; que saliese al redondel, bravo y duro hasta el punto de llevar tres palos dentro del morrillo sin volver la cara y concluir como concluyen los toros buenos.

—Muy bien

—Caballeros, remojemos la boca.

Y corrió la bota de vino de unos en otros, hasta que el tío Pepe, limpiándose los labios con el dorso de su encallecida mano, prosiguió:

—Yo he conocido siendo vaquero de á pie, cosas muy buenas, *la entrega* en el Ronquillo de los toros al mayoral de la Plaza de Madrid, por los conocedores de las ganaderías andaluzas.

—¿Y dónde está el Ronquillo?

—Es un lugar pequeño, en la provincia de Sevilla, á siete leguas de la capital, y otras siete de San Lúcar la mayor.

De allí *trujimos* á la corte, unas corridas de las que aún guardo memoria

En una, un toro toma 44 puyazos y mata 11 caballos.

—Hombre...

—No se admiren Vds. ni crean que es una *bulería* mía, que aún vive Curro Calderón, que no me dejará mentir.

—Bu...o.

—En otra corrida, otro bicho toma diez puyazos, mata nueve caballos, entusiasma al público y se le perdona la vida, y al volverle al corral, deshace un burladero y mata un buey de una cornada.

—Esos eran toros

—Y esos toros señores, no costaban más de 3.500 ó 4.000 reales.

—Vengan anécdotas—exclamó uno.

—Si, vengan hechos; refiéranos V. sucesos.

—Estábamos un día apartando una corrida de ** vecino de Colmenar, cuando uno de los toros, retinto, listón, albardao, bien puesto de cuernos y grande, tenía querencia á la dehesa y se *quedaba*.

Una y otra vez, le echamos los bueyes, pero no conseguimos otra cosa que hiriéramos á uno.

Entonces un vaquero, Cirilo, se quitó el sombrero y la chaqueta, y con una prenda en cada mano y los brazos abiertos, se colocó delante de *Vinagre*, que así se llamaba el toro, con objeto de que éste fuera hacia donde estaban las otras reses en el *rodeo*.

El animal, en vez de huírse, arrancó á mi compañero, que tuvo que tirarse al suelo para librarse de una cogida cierta, revolviéndose entonces el toro al ayudante de mayoral, derribándole y matándole el caballo que montaba.

—¿Y le sacaron Vds. al fin?

—Sí; le sacamos, no sin que se nos volviese cuatro ó cinco veces.

—Valiente susto llevaría su compañero de usted.

—No tanto como otro que murió de un susto algo mayúsculo.

—Cuenta V

—Habíamos hecho alto á media noche, en un corral, lindante con el pueblo **

Cuando al amanecer salimos, uno de los toros se quedaba, le arrojamos un morrillazo, pero sin conseguir más que desafiase y continuara en el mismo sitio.

Se le volvió á tirar otra piedra, y entonces arranca contra el vaquero; se esconde éste detrás de unos maderos, y el toro de un hachazo, rompe una puerta pequeña del corral que comunicaba al patio de una casa vecina, donde el ayudante de mayoral estaba á pie despidiéndose de una parienta suya, la cual tenía un niño en brazos

Sin defensa ninguna ante el inminente peligro que corrían, mi compañero echa mano á la navaja, como único medio de luchar en caso necesario, la mujer vá á dar un grito, pero Ambrosio la tapa la boca; aquello podía ser causa de llamar más la atención del toro; éste, sin embargo, se dirige á la pila del agua que hay al lado del pozo, bebe, y sale por otra puerta sin tocar al caballo de mi compañero que estaba atado, precisamente en la puerta por donde el toro salió.

Aquel susto le llevó al sepulcro.

—¿Es cierta la nobleza de los toros que tanto ponderan algunos inteligentes?

—Ciertísima.

Me encargué yo de unas vacas de vientre,

las cuales parieron al poco tiempo de ser yo vaquero.

Uno de los becerros, colorao, ojinegro, á quien puse por nombre *Gallardo*, por su bonita presencia, cuando le herramos, le echamos al suelo, como es costumbre, le pusimos el hierro, aplicándole barro sobre la parte de la herida, y al soltarle, fué á saltar el animal, pero con tan mala suerte que se lastimó una mano.

Propuso el amo que le matáramos, pero yo me comprometí á curarle, y así fué.

Conocía *Gallardo* mi voz desde muy lejos, y me obedecía como un perro

Cuando tenía cinco años, le llevamos á lidiarse á una plaza de Andalucía, y resultó bueno, hasta el punto de mandar á la enfermería cinco picadores, matar siete caballos, hiriendo malamente á dos, y á pesar de su bravura, no se arranca á otro de los picadores que montaba un caballo negro careto y calzado de las manos, sin más que porque era igu. caballo que yo tenía y que debió parecerle el mismo.

Y aún hay más

Pasando yo por entre barreras, le llamo, acude, barbea las tablas, me ve, se para y muge tristemente, dejándome que le acariciara el hocico

—Pero al lado de esa nobleza, dicen también que es traidor.

—Si le castigan demasiado, busca la ocasión de vengarse.

—No cuenta V. más?

—Señores, va siendo tarde.

—Háblenos V. algo de vaqueros

—Usted habrá conocido buenos hombres de campo.

—Buenos, Julián Sánchez, Vicente Herrero y otros varios; no he llegado á conocer al tío Alfonso, mayoral de la Junta de Hospitales de Madrid, ni á Sebastián Míguez, mayoral de Fernando VII, cuando éste tuvo parte de la ganadería de D. Vicente José Vázquez.

—Félix es un buen muchacho.

—Y valiente.

—Sí, valiente, yo le he conocido, nació en Perales del Río, ahí cerca en una villa de esta provincia, á dos leguas de la capital y una de Jetafe.

Tiene el chico ahora, unos cuarenta y cinco años.

Entró muy joven de vaquero del Duque, siéndolo después de León y Miguel Martínez, empresarios de la Plaza de Madrid, de D. Justo Hernández y la Diputación, volviendo de nuevo á casa del Duque.

Estuvo también con vacas de leche y encargado de las vacas que el Rey D. Alfonso tenía en la Casa de Campo.

Segundo mayoral de D. Rafael Menéndez de la Vega, quedó de segundo en Abril de 1882, por cesación de Vicente Herrero, y ahí sigue tan trabajador y pundonoroso como siempre.

Montamos de nuevo á caballo, *levantamos* el ganado, y entre el agua y el *tan tan* de los *alambres*, encerramos la corrida en la plaza de**

MANUEL LÓPEZ CALVO.

SILLAS Y ALMOHADAS.

Mi querido D. Jerónimo: Si mi memoria no me es infiel, recuerdo que le he hablado á V. en cierta ocasión de un libro, que con el tiempo pienso publicar, bajo el título de *Curiosidades taurinas*, y en el cual me he propuesto coleccionar cuantos datos y detalles he podido adquirir y siga adquiriendo referentes á nuestras fiestas de toros en la antigüedad.

Sé que este es un trabajo superior á mis fuerzas, y que es muy posible y casi seguro que á la postre se quede en tal estado, es decir, en embrión; pero, sin embargo, insisto por ahora en mi propósito, por aquello de que nada hay tan atrevido como la ignorancia, y confiado sólo en el entusiasmo que siento por nuestra fiesta nacional.

Esto no quiere decir, mi querido D. Jerónimo, que con mi obra trate de hacer luz con que investigar algún punto oscuro de la historia del toro.

¡Libreme Dios de semejante pretensión!

Mi objeto, sencillamente, es el reunir datos curiosos que sirvan más de entretenimiento que de estudio

Y vamos al objeto de mi carta.

A propósito de la orden dada por el Gobernador de la provincia prohibiendo el uso de las almohadillas en los tendidos, recuerdo un detalle que tengo coleccionado entre mis *curiosidades*, y que por tener cierta analogía con esta orden, lo voy á transcribir, para que llegue á conocimiento de muchos aficionados.

Se trata de un pregón publicado en Madrid el año 1595, y en el cual se prohibía el uso de las sillas y almohadas en los tablados construidos para ver las fiestas de los toros, y que copiado literalmente, dice así:

Año 1595.—«Mandan los señores alcaldes de casa y corte de Su Magestad, que ninguna persona de cualquier estado y condición que sea, sea osado de poner ni tenga en ningún tablado de los que están hechos en la plaza de Palacio para ver las fiestas de los toros, ninguna silla ni almohada que se vea desde fuera, ni ninguna gotera de las que se suelen colgar de doseles, so pena de dos años de destierro de esta corte á cinco leguas y vendimiento de lo que pusieren para la Cámara de Su Magestad y denunciador por mitad.

»Se permite que puedan aderezar los tablados poniendo en ellos cielos de cualquier cosa que quisieren sus dueños, como no cuelguen las goteras, y que los antepechos de los tablados y los pilares se puedan cubrir y guardarse nada más de alfombras y cualquier género de tafetanes.

»Mándase pregonar porque venga á noticia de todos.»

Por más que he procurado, no he podido comprobar el día y mes en que fué publicado el anterior pregón, pero por deducciones lógicas que he hecho, en vista de otros documentos, puede asegurarse que fué en los primeros días de Junio del indicado año 1595.

En la actualidad se habla mucho de la afición decidida que el pueblo madrileño tiene por el espectáculo de los toros, afición que, en efecto, no solamente no decae, sino que, en contra de algunas opiniones, se acentúa de día en día; pero no se crea por eso que en la época á que se refiere el documento anterior, eran nuestros antepasados menos aficionados que nosotros.

Buena prueba de ello es el hecho de que desde el año 1591 al 1600, apenas trascurría uno solo sin que se publicaran pregones prohibiendo que se aumentara el precio de las ventanas y balcones de la Plaza Mayor para ver la fiesta de los toros, y recordando las penas en que incurrian los que lo contrario hiciesen. Lo que prueba con bastante claridad que, al hacerse necesarios estos recordatorios, sería porque los dueños de ventanas y tablados intentaran aumentar los precios, y cuando el precio aumenta es que aumenta la demanda.

Véase como muestra el que se publicó en la Plaza Mayor de esta corte y demás sitios de costumbre en 1591. Dice así copiado textualmente:

Año 1591.—«Mandan los señores alcaldes de casa y corte de Su Magestad que ninguna persona sea osada de llevar de alquiler por cada ventana de los toros que se corriesen en la Plaza Mayor de esta villa, más de á dos ducados de cada ventana del primero suelo, y á ducado y medio del segundo y doce reales del tercero suelo, so pena de un año de destierro y perdimiento del dinero que llevasen.

»Otrosí mandan que todos tengan los tablados bien seguros y firmes, de manera que no se hundan ni hagan daño, so pena de, además de ser castigados por todo rigor, pagarán el daño que hicieren.

»Mandan se pregone porque venga á noticia de todos.»

Y no continúo, mi querido D. Jerónimo, por no alargar las proporciones de esta carta, quedando en remitirle la *postdata* su afectísimo amigo y colaborador que le quiere

FIACRO YRÁYZOZ.

Madrid Junio 1887.

FRANCISCO MONTES Y EL QUIJOTE.

Hace ya algunos años, creo que en 1850, conocí en Andalucía al célebre torero, Maestro Francisco Montes. Hombre de mucho roce y trato con gente fina y principal, y relacionado con casi todas las notabilidades políticas, militares y literarias de su tiempo, era persona cortés, afectuosa y atenta. Rodó la conversación sobre *El Quijote*, y figúrese cuál sería mi entusiasmo (y la verdad, mi sorpresa) al oír exclamar al *diestro* que le encantaban las aventuras del Manchego, y sobre todas la de los *Leones*, por la prueba de *valentía, aplomo y serenidad* (palabras textuales) que en ella había dado el famoso Alonso Quijano el Bueno.

Estrechadas mis relaciones con el ínclito Maestro de tauromáquia, y habiendo tenido ocasión de hacerle un pequeño obsequio, él me correspondió con el ejemplar de *El Quijote* de su uso, en cuya primera foja estampó cariñosa y especial dedicatoria autógrafa. Como se comprenderá, esta copia, que es por cierto de las anotadas por Clemencin, ocupa lugar preferente en mi biblioteca.

Maestro—le dije al darle las gracias por su donación—¿qué diablos de letras y de números son aquellos que hay escritos de puño de V. al final de cada capítulo de *El Quijote* que V. me ha regalado?

Nada, señor, aquello no es nada—me contestó.—No haga V. caso. En verdad fué una tontería mía el apuntar allí los números. Me hallaba enfermo, y por entretenerme ¡manías de enfermo! fui contando las veces que se nombraba á D. Quijote y á Sancho en cada capítulo, y luego los apunté allí mismo. Y recuerdo por cierto que las sumé en un papel, y del total resultó mentarse tantas veces al amo como al mozo. Ya se ve—prosiguió diciendo Montes,—cómo los dos valían mucho, el uno por su gran corazón, y el otro por su gracia, no quisieron darle preferencia ni al caballero ni al escudero.

Hé aquí sin duda alguna, una estadística completamente nueva en mi sentir. Yo repasé en dos ó tres docenas de capítulos la cuenta hecha por el célebre torero, y la hallé exacta. En gracia de la brevedad, hé aquí una sinópsis formada por docenas de capítulos.

PRIMERA PARTE.	Números de veces que se nombra á D. Quijote.	Número de veces que se nombra á Sancho.
Desde la portada, hasta el capítulo 10.	163	61
Desde el 11 al 20.	200	222
Desde el 21 al 30.	216	224
Desde el 31 al 40.	70	59
Desde el 41 al 50.	186	111
SEGUNDA PARTE.		
Desde la portada, hasta el capítulo 10.	190	241
Desde el 11 al 20.	227	176
Desde el 21 al 30.	189	172
Desde el 31 al 40.	130	214
Desde el 41 al 50.	122	229
Desde el 51 al 60.	183	225
Desde el 61 al 74.	292	234
TOTALES.	2168	2168

Aun cuando soy algo aficionado al algoritmo, mis escasos conocimientos filosóficos no me permiten formar deducciones sobre la coincidencia, puramente casual en mi sentir, de la paridad en los números que marcan las veces que en la novela han sido designados D. Quijo-

te y Sancho con sus propios nombres, y no por medio de alusiones ó de relativos. La opinión que antes señalé, dada por el Maestro Montes, no me parece de gran peso: si el *diestro* hubiese fallado sobre temas de *espada*, su sentencia causaba ejecutoria; pero en asunto de *letras*, no vacilo en apelar ante superior y competente tribunal.

DOCTOR THEBUSSEM.

IBUEN ALMUERZO!

(HISTÓRICO.)

Débil la memoria mía,
no recuerda en el momento
donde pasó lo que cuento,
pero fué en Andalucía.

Y tampoco estoy seguro
del primer espada que
danzó en ello; pero sé
que vive, aunque es ya maduro.

Es el caso, que al sonar
el timbal y la corneta,
tomó la espada y muleta,
dirigiéndose á matar.

Llegó del toro delante,
requirió el estoque y ¡pun!
propinó al animal un
pinchazo insignificante.

Calló el público prudente;
pues le sucede á cualquiera
coger hueso; y en espera
de la estocada siguiente.

Se volvió el toro á cuadrar,
que era noble y codicioso,
y el matador presuroso
también se volvió á tirar;

pero resultó ¡pardiez!
que el diestro al meter el brazo
dejó en el bicho un pinchazo
igual que el de la otra vez.

A esto el público severo
ya en parte se impacientó
y en mayoría pitó

y gritó contra el torero;
el cual, bastante azorado
por tan discordante coro,
pinchó otra vez en el toro
con el mismo resultado.

Se hizo entonces imposible
el contener á la gente,
que se desbordó imponente
en una *bronca* terrible.

Y entre voces espantosas,
dijo una (de trueno fué);
—Compare ¡ha almorzo usté
ensalá de mariposas!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

TOROS EN MADRID.

Corrida extraordinaria á beneficio del Hospital Provincial.

DOMINGO 19 DE JUNIO DE 1887.

Toros: cuatro del Duque de Veragua y cuatro de don Félix Gómez. Cuadrillas, las de Lagartijo, Currito, Frascuelo y Espartero. Picadores de tanda, Trigo y Manuel Calderón. Hora de dar comienzo, las cuatro.

Rompió plaza *Sereno*; berrendo en negro, aparejado y botinero, de libras y bien puesto. Tomó ocho varas, dió dos caídas y mató dos caballos.

Entre Juan Molina y Mojino clavaron cuatro buenos pares, con mucho aplauso.

Rafael, de verde oscuro y oro, después de un trasteo

muy ceñido, echó á rodar al bicho de una buena estocada arrancando, un poquito caída. (Grandes aplausos.)

* *

2.º *Recorto*, de Gómez; retinto albardado, de muchas libras y bien colocado. Tomó nueve varas, dió seis caídas y mató dos caballos.

Entre Hipólito y Almendro clavaron dos pares y medio al cuarteo.

Curro, de verde esmeralda y oro, después de un trasteo muy movido, dió al toro dos pinchazos, media dolorosa, pescuecera, y descabelló al segundo intento.

* *

3.º *Peluca*, de Veragua; jabonero claro, ojinegro, precioso animal, de muchas libras y bien armado.

Tomó 11 varas, dió seis caídas y mató un caballo. El picador Caro sufrió una caída y fué conducido á la enfermería. Entre Pulga y Ostión pusieron tres buenos pares, siendo superior el del Ostión.

Salvador, de verde hierba y oro, despachó al animal de una inmensa estocada arrancando, atracándose de toro. (Gran ovación.)

* *

4.º *Cordelero*, de Gómez; castaño aldinero, de libras y bien colocado. Tomó nueve varas, dió tres caídas y mató tres caballos. Entre Malaver y Julián Sánchez clavaron dos pares y medio al cuarteo.

Espartero, de verde lechuga y oro, pasó al animal con gran frescura, y lo mató de dos pinchazos y media trasera. (Silbidos y aplausos.)

* *

5.º *Vibora*, de Gómez; castaño oscuro, listón, de muchas libras, bien colocado y buey.

Tomó siete varas, dió cuatro caídas, y mató tres caballos.

Mojino salió por delante clavando un buen par, siguió Juan Molina con otro trasero, y terminó Mojino con otro muy bueno de frente, recibiendo grandes aplausos.

Lagartijo dió fin del toro de una estocada caída, un pinchazo atravesado, otro pinchazo, otro, media estocada perpendicular, delantera y caída, otro pinchazo, media atravesada y un metisaca bajo. (Estrepitosa silba)

* *

6.º *Mojoso*, de Veragua; negro pequeñito y corniveto. Al salir Salvador es acogido con una gran ovación. El toro tomó 10 varas, dió 10 caídas y mató tres caballos.

Almendro salió por delante con un buen par al cuarteo; siguió Hipólito con otro también al cuarteo, y remató Almendro con otro de la misma manera.

Currity dió muerte á *Mojoso* de media estocada muy ida, otra media, perpendicular y delantera, y un descabello á la defensa de un caballo.

* *

7.º *Tejón*, de Gómez; castaño listón, de muchas libras y bien colocado. Tomó nueve varas, dió dos caídas y mató dos caballos.

Ostión salió por delante con medio par trasero, siguió Pulguita con otro medio, continuó Ostión con otro medio y terminó Pulguita con uno á la media vuelta.

Salvador dió fin á su enemigo de un pinchazo, una superior á volapié y un descabello á la segunda. (Ovación.)

* *

Cerró plaza *Andalus*, de Veragua; cárdeno claro, girón, de libras y bien armado. Tomó nueve varas, dió una caída y mató dos caballos.

Entre Julián y Malaver pusieron cuatro pares cuarteando.

Y el Espartero, después de una faena muy ceñida y parada, dió á su modo una estocada caída y atravesada, concluyendo con otra exactamente igual, y un descabello después de dos intentos.

RESUMEN.

Una corrida más de beneficencia; es decir, un cúmulo de molestias para el cuerpo y para el bolsillo, que ha dejado derrengados á los aficionados y llevado unos cuantos miles de duros al Hospital provincial. Y hasta otra, en que se repetirá la función con toda su cohorte de emociones, sin que sirva de escarmiento, ni las enseñanzas del pasado, ni las realidades del presente.

El ganado lidiado ayer, cumplió en general, sobresaliendo los del Duque, y de estos muy notablemente, el jugado en sexto lugar, que fué duro, de gran cabeza y noble, un toro del cual puede estar orgulloso el ganadero.

Los de D. Félix, trajeron más cabeza que bravura, y se hicieron pesados y tontos, llegando á la categoría poco envidiable de mansos, á veces por sus muchas arrobas, y otras por impericia de los matadores.

El herradero en que la plaza se convirtió frecuentemente en el primer tercio, fué causa de que el ganado no se consintiera con la gente montada, como con una lidia bien

dirigida hubiera podido suceder, y de esta parte corresponde las más digna de nota, al inclito Currity. Vamos á los matadores.

Rafael.—Noble y boyante encontró Lagartijo á su primer toro. Se consintió con la muleta y pasó ceñido y con lucimiento, teniendo la fortuna de agarrar el sitio de la muerte, en cuanto metió el brazo, con su especial manera de arrancarse á matar. La faena resultó breve y se vió á Rafael valiente y con deseos de quedar bien. Los aplausos que alcanzó fueron justos, aunque en nuestro concepto no se le aplaudió lo que la faena merecía.

En su segundo toro, que era un tonto que acudía, no se confió al meter el brazo, lo cual pudo haber hecho muy bien á las primeras de cambio, porque el animal dejaba llegar holgadamente.

Rafael perdió por completo los estribos y se pasó los primeros años de su senectud, pinchando á diestro y siniestro hasta que, hostigado por los silbidos del público, á quien la pesadez del matador irritó sobremanera, se decidió á afianzar á su enemigo de un tremendo golletazo.

Si tanto ascó le daba el bicho, ¿por qué no empezó por ahí? En la brega estuvo Rafael echando linfa por todos los poros de su cuerpo.

En suma, una mala tarde para Rafael, de la cual, tomará el desquite, estamos de ello seguros, en la próxima corrida.

Currity.—Con D. Francisco acabaremos pronto. Mal en su primero, mal en su segundo y mal en la parte de dirección que le correspondió.

Hizo un buen quite en el sexto toro, que le valió aplausos. Y nada más.

Salvador.—Superior á todo elogio en la muerte del primero, y hecho un maestro en la de su segundo. No es posible reunirse de más acabada manera, lo mismo en la estocada arrancando que dió Frascuelo al primer toro, que en el admirable volapié con que afianzó al segundo. Aquel estaba quedado y había que apretarse mucho en el embroque para que se engriera en la muleta é hiciera por el matador.

Fué tal el arrojo y la precisión con que Salvador se dejó coger, que el animal salió rebotado de aquella magnífica estocada, yendo á parar de un viaje hasta los medios, donde cayó hecho una pelota, sin necesidad de puntilla y con acompañamiento de entusiastas gritos de admiración y de aplausos.

Cuanto al volapié con que se dejó caer en la cuna del séptimo toro, que se hubiera vuelto manso á no acortar razones, creemos que los aficionados que conocieron los volapiés del Tato, verían ayer uno que puede compararse con los mejores que daba el malogrado Antonio Sánchez. Y no hay que añadir más.

Los honores de la corrida, fueron ayer para Salvador, cuyo valor y cuya inteligencia, se imponen ya aun á aquella parte de público que se le ha manifestado siempre más hostil. En la brega y quites, como siempre, escuchando palmas.

El Espartero.—El joven y valiente matador sevillano se ceñó, como siempre, en el toreo de muleta, con esa frescura que es verdaderamente admirable, y demuestra en él un aplomo y una confianza que le valdrán entusiastas aplausos.

El día que El Espartero aprenda á colocarse para herir, teniendo en cuenta que lleva en la mano un estoque y no una banderilla; es decir, que arqueando el brazo y dejando pasar la cabeza como quien para de sobaquillo, no hay posibilidad de matar como el arte manda, ni de cubrir la salida, que es lo esencial cuando el matador se estrecha con los toros; ese día habrá dado Manuel García un gran paso, y podrá dominar, ayudado por la práctica, todas las dificultades del último tercio.

Encerrados en un círculo de hierro por la falta de espacio, no decimos más por hoy. En la brega y quites, estuvo el Espartero muy guapo y oyó aplausos.

De los banderilleros, sobresalió Mojino, que pareó, como siempre, con admirable frescura. Ostión puso un par superior al tercer toro. Saturnino Frutos dió el salto de la garrocha al sexto, con tanto arrojo como limpieza.

Los picadores midieron tanto el suelo con las costillas, que sería crueldad censurarles en esta ocasión.

La Presidencia dormida en el primer tercio.

La tarde muy calurosa.

La entrada, un lleno completo.

DON JERÓNIMO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Sr. D. P. S.—Aranda de Duero.—El efecto que produce cualquier estocada, no entra para nada en la manera de consumir la suerte. En un pinchazo en hueso recibiendo, se recibe al toro lo mismo que en una estocada hasta la mano, y puede repetirse la suerte y consumarse perfectamente sin que sea condición indispensable, ni mucho menos, que la res muera de la primera herida. La teoría de Sánchez de Neira es la verdadera.



Giménez

J. Chave